



REDACCION Y ADMINISTRACION,  
Compostela, número 71 (entresuelos.)

## SEMANARIO SATIRICO.

DIBUJANTE CARICATURISTA,  
Victor P. de Landaluz (D. Junipero.)

AÑO 1.º

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA.  
UN MES, \$1.—SEIS MESES, \$5.25.—UN AÑO, \$10.  
Número suelto: 25 Cents.

HABANA 20 DE MARZO DE 1870.

PRECIOS DE SUSCRICION EN EL INTERIOR.  
TRES MESES, \$3.75.—SEIS MESES, \$7.—UN AÑO, \$12.75  
Número suelto: 30 Cents.

NUM. 20.

### SUMARIO.

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan PALOMO.—¡Agua v! por Juan de las VISAS.—Contra caracas, voluntarios, por Juan el PERDIO.—El libro de la patria, por Benito Perez GALDOS.—Epístolas á "Juan Palomo" de Nueva-York, por JOHN-BULL.—Sermon, por Juan SOLDADO.—La fea, letrilla, por Juan SIN-MIEDO.—Cuentos de manigua, (continuacion), por Juan SIN-TIERRA.—Sartanazos.—Geroglífico.  
CARICATURAS, por D. JUNIPERO.

### MENESTRA SEMANAL.

El telégrafo submarino se marea á veces, y nos dice cosas, que no podrian tolerarse en su estado normal.

El continuo vaiven de las olas que lo cubre le hace perder el tino y el tono y lo saca de quicio. ¿Cómo es posible si nó que nos viniese á contar esa historieta de que algunos periódicos españoles ¡españoles! abogan por la cesion de la isla de Cuba, no sé á quién, ni me importa saberlo?

Ceder la isla de Cuba como quien cede un pantalon ó un corte de chaleco! Vamos, es mucha gana de hablar por hablar!

No es mal contraste el que forma la actitud de los muchos miles de españoles que aquí sacrifican sus intereses, sus comodidades, los gozes de la familia y su salud, por defender la integridad de la nacion, y los periodistas de allá aconsejando que digamos: ahí queda eso, caballeros; los sacrificios de diez y seis meses de ruda campaña, nulos: los afanes de muchos años de trabajo para crearse una posicion, han sido perdidos: entreguemos el territorio. ....

No puedo continuar, porque me estoy poniendo como un pimiento colorado, hasta las orejas.

A esos periodistas que se permiten tener una opinion tan inconveniente, tan anti-patriótica, tan absurda, los traería yo aquí á que presenciasen el desfile de cualquier cuerpo de voluntarios ó una reunion de españoles, para que comprendiesen la imposibilidad de que esto deje de ser un pedazo de nuestra querida España ni por cesion ni por ningun otro medio.

¡Perdónalos, Padre eterno, pues no saben lo que se pescan!

JUAN PALOMO protesta desde ahora para siempre y con toda la fuerza de sus pulmones, contra esas teorías que no deben enunciarse siquiera, porque es un crimen solo darle cabida en la imaginacion. Aquí se trata principalmente de honra nacional, y la honra de la patria está por cima de todas las conveniencias, de todas las ideas, de todos los planes políticos, de todas las quisquillas de partido, de todo, en fin, cuanto puedan oponer esos periodistas estraviados.

¡Estamos, señores?

Ahora me falta solamente conocer los periódicos que de ese modo se expresan; para que Dios me libre de ellos.—Amen.

Los insurrectos, cansados de correr, *se corren*. Y no de vergüenza, porque esa no es moneda corriente entre esa gentuza que *corre-tea* por los campos y cuyo cinismo *corre* parejas con su cobardía.

*Se corren* porque en el Camagüey empiezan á correr unos aires colados Goyeneche y Puelló que no hay quien los resista. A los vientos conocidos hasta hoy en aquellas regiones hay que añadir esos dos, que si no son cardinales, hacen cardenales y hasta Papas.

Nó; eso sí que nó: la única *papa* de que por allí se tiene noticia es la insurreccion del Camagüey, que después de tanta bulla y de tanta cámara, y de tantos gabinetes, retretes y secretarías, no se deja ver ni por el forro.

Una sola cosa hemos sacado en limpio de tales alharacas: que los insurrectos se parecen á las velas de sebo en que *se corren*.

Y ya ven ustedes que lo único que hemos sacado en limpio, es una cosa bastante sucia. Pues como eso es todo lo que la insurreccion puede dar de sí.

Unos se han corrido hácia Güines, como Arredondo y Cueto, cuyas cabezas han corrido *burro*, como vulgarmente se dice, á manos de los bravos bomberos de Batabanó, y otros, como Quesada, se han corrido á los Estados-Unidos á ponerse en correspondencia con sus correligionarios correspondientes.

Arredondo y Cueto eran escribano el uno y abogado el otro de Cinco Villas, que después de manejar la justicia, han acabado por tragársela á tiros.

Ya dieron cuenta de sus acciones al Todopoderoso: vituperemos el crimen, pero tengamos compasion del delincuente.

¡Seales la tierra lijera!

Quesada ya es otra cosa: no tiene la intencion de un toro, como decirse suele; porque tiene la de dos, lo ménos: como que tambien se los traga!

Se ha presentado en Nueva-York y Washington, y hasta en el infierno es capaz de presentarse, porque la desvergüenza es el mejor camino para llegar á todas partes, y les digo á ustedes, que por ese camino vá Quesada en tren de primera.

Un médico homeópata preguntaba en cierta ocasion cómo se habia podido curar un enfermo tratado alopáticamente.

—Con tales y cuales remedios, le contestaron.  
—Mire Vd. qué gracia! con remedios tambien lo hubiera yo curado.

Este cuentecito es aplicable á la mision de Quesada.

—Si me hubieran ustedes dado los medios, yo venzo.

—Mire Vd. qué gracia! si me hubieran dado valor, que es lo que más ha escaseado; un ejército disciplinado y valiente; algo de razon y de justicia, y me hubieran ido trayendo á los españoles uno á uno y atados para que yo los degollase, entónces el triunfo no era dudoso.

Pero con remedios ó sin ellos, el enfermo se muere, señor Quesada, se muere.

Y eso que ahora le ha salido un curandero en la persona de un tal Hostos, laborante de los finos, que ha vivido hasta ahora en Madrid haciéndose pasar por moneda de buena ley cuando era un *petardo* hecho y derecho.

Pero el sistema que quiere emplear el Señor Hostos no puede ser más original.

Figurémonos que en una casa hay una persona muy malita; agonizando, á punto de dar las boqueadas y á su lado hay otra llena de salud y de vida. Pues el plan curativo de este moderno Dulcamara se reduce á dejar que el enfermo se vaya muriendo por puntos y á inocular la enfermedad en el sano.

Ni más ni menos; y de ahí viene el que al salir de España, lleno de impotente rabia, sin duda porque allí el más insignificante vale mucho más que él, se ha puesto en andillas en el sitio más alto de *La Revolucion* para arrojar chinitas á los puerto-riqueños.

El sistema médico de Hostos, á primera vista parece que tiene algo del homeópatico por aquello del *Similia similibus*; pero examinándolo despacio, se vé que está fundado sobre aquel principio: *Mal de muchos*....!

Oigamos un momento al Sr. Hostos, pues estoy seguro de que sus palabras ayudarán á ustedes á hacer la digestion:

«Desgracia para vosotros, vergüenza para mí, si al presentarme como un hombre de conciencia, como un ciudadano de la libertad, pensárais por un solo momento en un hombre extraordinario.»

Basta que V. lo diga, Sr. de Hostos, basta. No vamos á refirir por creerlo á V. hombre extraordinario.

«Yo no creo en los hombres extraordinarios, ni en los héroes, ni en los génios. Creaciones del despotismo, engendros de la adulacion ó del fanatismo, son enemigos de la libertad, si creen en lo que llaman su mision; son verdugos de pueblos y de ideas, si consienten en que los pueblos se postren á adorarlos, si cometen el crimen de sustituirse á las ideas.»

Pues á pesar de este párrafo *laberintico* que para entenderlo se necesitan todas las *luces* de Aguilera cuando está *alumbrado*; el enfermo, Sr. de Hostos, se muere, con el permiso de V., sin decir *hoste* ni *moste*.

JUAN PALOMO.



## ¡AGUA VA!

Pues, señor, érase que no se era, un hombre, ó cosa parecida, que se *manifestó* primero aficionadillo á lo ageno, despues se *manifestó* ágil para escapar de la justicia, posteriormente se *manifestó* cobarde en Cubitas, las Túnas y otros puntos, y por último, acaba de *manifestarse* tonto en Nueva-York. ¡Cuidado que son manifestaciones!

Quién demonio habia de figurarse que el gran Quesada tuviese nada que manifestar despues del famoso manifesto en que ponía de *idem* sus mas recónditos pensamientos, su afán constante de cargar con el santo y la limosna?

Pero el vapor *Morro-Castle*, anda que andarás, ha venido por esos mares dispuesto á sacarnos de la duda, trayendo metido en la bodega un cargamento de desatinos disfrazados de manifesto.

En cuanto me dicen que va á hablar Quesada, me acuerdo de aquel asistente que le decía á su amo:

—¡Vá Vd. á decir alguna barbaridad, mi capitán?

—¡Insolente! irás arrestado.

—¿Qué tal? ¡No dije que diría alguna barbaridad!

Siempre me parece que Quesada va á soltar alguna de esas, y en efecto, la suelta.

¡Es mucho *generalísimo* ese!

Dice cualquiera cosa, y así, al primer golpe de vista, parece mentira; pero luego, examinada con detenimiento resulta que en efecto lo es.

—Tiene mucho salero ese general!

Después de leído su manifesto, me río yo de la tierra de promision y de Jájua: qué más Jájua que ese país ilusorio bautizado con el modesto nombre de *república cubana*?

Figúrense ustedes que allí le dan al soldado, carne de vaca, cerdo, arroz, plátanos, una cosa análoga al café, tabacos, y luego para ayudar la digestion y por único trabajo, hace el ejercicio en los cuarteles con fusil de madera. Este es el armamento de la mayor parte de los insurrectos, porque es lo que ellos dicen: «si hemos de echar á correr ¿para qué queremos más?»

Tiene además ese país, zapaterías, que dan semanalmente 3,000 pares de zapatos y los dan en efecto, pues el ejército no los vé ni por el forro, segun lo descalzo que anda: tiene tenerías que curten mensualmente 4,500 cueros, incluso el del general; y una gran parte del ejército trabaja tambien en cueros.

Tiene armerías, fábricas de pólvora, depósitos de *huano* (cuidado no vayan ustedes á escribirlo con g: lo que se escribe con g es *g-u-e-r-güer... güérfano*), iglesia episcopal y otras menudencias.

Pero el amigo *John-Bull*, en su interesante carta de Nueva-York, se ocupa del *Cuadro sinóptico de la república de Cuba*, y no quiero desvirtuar su gracia quitándole la novedad. Yo hablaré solamente del manifesto del *generalísimo*.

Por él hemos sabido que el ataque de Las Túnas el 15 de Agosto no fué tal ataque sino simplemente una *lección práctica en mayor escala* que el general quiso dar á sus tropas. Ni al dar el asalto se proponía Quesada, como *erróneamente se ha supuesto*, tomar la plaza; ¡qué disparate! á quién demonios le puede ocurrir que cercar una población, cuando se la cree entregada al sueño, y lanzar al asalto cuatro columnas simultáneamente por distintos puntos es para tomarla? A nadie que tenga dos dedos de frente y conozca la táctica del ejército mambí.

Lo único que se propuso el autor del movimiento, fué *sacar todas las ventajas materiales y morales que pudiera en ropa, etcétera*.

Esas ventajas *morales en ropa* me parece que las consiguió, pues en *ropas* menores salieron huyendo las suripantas que le acompañaban.

«Hice, pues, dice Quesada, mover las tropas mencionadas hácia las Túnas, acompañadas de un regimiento de los mejor disciplinados, armados solamente con fusiles de madera; aproximé mis tropas durante la noche á la plaza amenazada, coloqué la artillería sobre una eminencia, y al pie de ésta desplegué en doble línea de batalla el regimiento desarmado.»

Digo, si tiene *pesqui* este general! cómo consiguió asustarnos con esa *parodia de reserva* como él dice más adelante, para que la paliza que le habíamos de dar fuese más gorda!

Por supuesto que los insurrectos, aparte de la *moral en ropa*, se apoderaron del oro y el moro, y si no sacaron un *inmenso botín fué porque les prohibió bajo pena de muerte el saqueo*.

Eso sí, el general es rígido en esa parte no consiente que nadie robe, para que no invadan sus atribuciones.

Oigamos al *ex-generalísimo*:

«El 27 de Diciembre tuvo lugar mi desembarque en el puerto de la Guanaja, y jamás, lo confieso, he recibido un desengaño más cruel; si mi ánimo fuera capaz de desaliento, se habría desalentado. Yo había mandado un emisario con 15 días de anticipación, con orden de que se me tuvieran tres mil hombres reunidos (¿nada más?) en aquel lugar, listos á tomar aquellas armas, con objeto de aprovecharme de la impresión moral que causaría mi llegada, (date tono, Mariquita,) y marchar con ellos seguidamente sobre Puerto-Príncipe, que entonces solo contaba con una débil guarnición y cuyos comerciantes aterrados aun no habían tenido tiempo de constituirse en Cuerpos de Voluntarios y Movilizados. Y ¿saben ustedes cuántos hombres encontré á mi llegada, reunidos á duras penas? ¡Ciento treinta! Ciento treinta, porque el gran número de hombres pronunciados contra el Gobierno Español lo habían hecho instintivamente, obligados por el despotismo del antiguo régimen y estaban dispuestos al sacrificio, pero resistidos al mismo tiempo á reconocer jefe alguno ni á obedecer á nadie. Numerosas partidas de ciento, de cincuenta, cuarenta y aun de diez hombres mal armados, capitaneadas por los más prominentes entre ellos, vagaban por los campos; ya habían tenido lugar los encuentros de Bonilla, Arenilla y Consolación, y estaban de buena fé persuadidos de que para vencer no era preciso otra cosa más que llevar esa vida, esperar al enemigo á su paso, reunirse dos ó tres partidas de aquellos, hacer una ó dos descargas y retirarse en seguida.»

Y el caso es que aun continúan pensando lo mismo, pero con ventaja, pues en eso de *retirarse en seguida* han hecho grandes adelantos.

Quesada es modesto; con la impresión moral que había de producir su presencia confiaba apoderarse de Puerto-Príncipe. Se dijo sin duda: al toque de trompeta solamente cayeron las murallas de Jericó; pues ¡canario! que soy yo más que un *trompetero*!

Mas en estos tiempos no se conquistan ya las poblaciones á *trompetazos* y mucho menos si están defendidas por españoles, que ya conocen la manera de *trompetear* de sus enemigos: y basta de *trompetería*.

«A primera vista comprendí,—y sigue siendo tan modesto el general,—que mi llegada podía ser salvadora si lograba dominar aquella difícil situación, dando ánimo los decididos Bayameses, venciendo la desunida actitud de los Camagüeyanos, haciéndoles entrar por el camino de la subordinación y la disciplina.»

Ahora ha comprendido tambien que su presencia podía ser *salvadora* en Nueva-York y allí se ha metido de patitas ese filósofo, que cuando no tiene nada que hacer, se entretiene en *salvar pátrias*.

Voy á decir mi opinión para acabar. Si yo fuese el gobierno, mandaría que en todas las escuelas y colegios fuese obligatorio el enseñar de memoria á los chicos el último manifesto de Quesada: que se fijase en las esquinas: que todo el mundo estuviera obligado á llevar un ejemplar en el bolsillo, y que al encontrarse las personas, se relatasen la una á la otra, un parrafito de este documento. Era el modo de concluir con la tristeza de un país entero, que se desternillaría de risa, y de atraer por buen camino á muchos simpatizadores que se vendrían huyendo del ridículo.

JUAN DE LAS VIÑAS.

## CONTRA CARETAS, VOLUNTARIOS.

Sospecho, señores, que la libertad de cultos permitirá á un cristiano que no es neo, hablar de lo que le parezca, como por ejemplo, de un baile de máscaras aunque estemos en Cuarema.

Si es así, vengan esos cinco, y vamos adelante.

Voy á entrar con ustedes en cualquier parte, como si dijéramos en el Louvre ó en Tacon, si no nos parte ántes uno de esos mambises de baja estofa que todavía no han partido de nuestro lado.

Dice un refrán que de noche todos los gatos son pardos, pero yo supongo que no está bien claro el dicho, pues faltó agregarle, y á oscuras.

Con todo, yo he sufrido un gatazo de orden sólido, tan sólido como el orden compuesto ó el toscano, y le he sufrido de noche, cuando á pesar de serlo, no *llovía* y el calor era excesivo.

Vamos por partes, pues, y así se sabrá el pie de que he cojeado.

Yo no sé si ustedes lo saben, pero por si lo ignoran, les diré que soy un hombre grave, tan grave que—aquí para entre nosotros—estoy condecorado con la cruz del matrimonio, más pesada que la de Guadalupe que usaba en el ojal de su levita el *liberal* Don Pascual de Riego.

Dada esta premisa, voy á la consecuencia de seguida.

El domingo se me antojó hacer rabona del techo conyugal y ver el mundo por un agujero, ó la Habana por un baile de máscaras.

La cosa ni tiene malicia, ni es rara, ni ofrece dificultad.

¿Estamos.....?

Efecto de un antojo semejante fué el dirigir, me á....—ustedes me permitirán que oculte el nombre—provisto de una papeleta que el director de JUAN PALOMO, serpiente tentadora del paraíso de mi vida, me había regalado.

El baile estaba animado y hasta animadísimo, á las dos de la madrugada, más animado aun que una sesión de los *comunes* de Guáimaro cuando tenían la palabra el *caretudo* Mendoza ó el *alumbrado* Aguilera.

Mis ojos se iban tras de las mascaritas que ocultaban detrás de la careta los encantos ó imperfecciones con que la Naturaleza hubo de dotarlas, porque es de advertir que esa señora es pródiga en dotes como en grados la insurrección y en gramática parda su caudillo Carlos Manuel.

Había una ¡Dios de los Juanes, dadme café, que me muero! que se llevaba tras de si las miradas y los suspiros hasta del más pobre de los Juanes, como si dijéramos, yo.

Y, cosa extraña, estaba sola como usurero en sus apuros ó laborante en correspondencia.

Pecho al agua, me dije, que el que no llora no mama, y no se aboga quien nada, y Leandro no habría prodigado chicoleos á Hero, á no pasar el Helesponto como su ingenio le dió á entender.

Y esto pensaba, y cuando iba á perderse de vista la máscara en cuestión, me dirigí á ella.

La tomé por el brazo, sin que hiciera mayor resistencia.

—Tengo que hablar contigo, hija, y no te suelto hasta que lo consiga, le dije.

—Mira que vengo acompañada.

—Y á mí, qué? Tanto peor para tu pareja.

—Que tiene mal génio.

—Yo se lo dulcificaré. Sigue adelante y hablaremos.

—¿Sin conocermos? Yo soy voluntariosa.

—Y yo voluntario.

—¡Vo...lun...tario...! ¿Pues qué, también á un baile vienen voluntarios?

—¿Y eso te extraña? ¿Pues somos acaso lobos ú ogros para no hacerlo?

—No lo sé; pero te suplico que me dejes: me aguardan, y..... vamos, no estoy bien aquí.

—Pues ahora menos que nunca te suelto: tus palabras han despertado mi curiosidad y me importa conocerle.

—Imposible!

—Vaya, qué poco me conoces. Esa palabra no existe en el vocabulario del que tiene firme voluntad.

—Es que... soy muy fea.

—Yo estoy curado de espanto.

—Un voto me impide además dejar ver el rostro.

—Pero si yo lo consigo, tu pecado disminuirá. Y por otra parte, ¿cómo es que te permites tener voto?

—Porque me han botado.

—¿A tí? vaya, tú te chancas.

—Nó: digo la verdad.

—¿De dónde?

—De....

—¡Esta es la mia! te ví, dije alzando el antifaz.

¡Válgame Dios, señores, y lo que ví!

La cara de la mascarita no era cara: su careta no encubría el rostro de un ser humano, sino el de una fúria.

Yo no recuerdo haber visto nada más horrible en los días de mi vida.

Recuerdo que cuando chico me daba sustos mi mamá con el *Bú* y el *Coco*; pero nunca me los llegó á describir tan feos como la cara de la mascarita.

Vería y cerrar los ojos, fué cosa de un momento.





Quando los abrí, ya no estaba en el salón. Cuantas diligencias por encontrarlas hice, fueron inútiles.

Avise á mis compañeros el encuentro, y me retiré á reponerme de la sorpresa.

Hace pocos días que he visto nuevamente aquel cuerpo, sin careta y sin ropaje vistoso.

Y en qué situación le he visto! cuando daban cumplida cuenta de él algunos buenos chicos.

Eran las cercanías de Batabanó el sitio en que se encontraba.

—¿Quién es ese monstruo que van ustedes á despachar? le pregunté á uno.

—Doña Insurrección Cubana, á quien hemos atrapado aquí, en el cuerpo y alma, si es que la tiene, de Arredondo y Cueto.

—Pues dénde ustedes espresiones y que lo pase bien.

Y... ya saben ustedes el resto.

No le ha bastado ni la careta, con que este Carnaval quiso introducirse entre nosotros esa señora.

Se escapó del primer voluntario, dejando una parte de sus vestidos, huyó del segundo en situación bien triste, pero no pudo librarse de las garras del tercero.

Que vengan otras, que se introduzcan en otra mascarada, y ya verán lo que son castañas y á cómo las venden.

¿He dicho algo, señores?

JUAN EL PERDIO.

### EL LIBRO DE LA PATRIA.

POR  
VENTURA RUIZ AGUILERA.

En estos días de actividad política, ¿he de ser tan excéntrico, tan poco oportuno, tan falto de sentido social y práctico, que vaya á perder el tiempo en leer versos? No quiero poesía: he cubierto la hermosa estatua con un velo semejante al que ponía sobre la imagen de la Virgen María cierta devota, al intentar cometer alguna falta. He cogido á las musas y las he puesto en la buhardilla, allá con los trastos viejos, con los papeles corroidos y con los muebles desvenecijados. No quiero verlas y las dejo allá, cubiertas su clásica faz de telarañas, dando abrigo a los ratones en los pliegues de sus augustos trajes talarés. He escondido las musas por no verlas y porque no me vean. No quiero poesía: estamos en tiempos profanos. La prosa nos manda, nos rige, nos da vida, se inocula en nosotros, forma parte de nuestro ser: hoy somos prosa, somos políticos; y nos preocupan todos los problemas sociales, morales, económicos y científicos, es decir, la prosa útil y fecunda en todas sus manifestaciones. No hay poesía ni la puede haber; y su más decidido admirador y prosélito, el que esto escribe, coje á la diosa, y con lares y todo, con lira, plectro, caramillo, tirso y careta, la sube al desvan y la cubre con una cortina vieja para que no vea estos días profanos en que hemos entrado, para que no presencie los actos de esta vida que no es su vida, ni para que con su imagen y su mirada pueda alterar la santa paciencia y forzada resolución que nos alienta en el útil cultivo de esta ciencia práctica á que todos nos dedicamos. Hoy somos todos políticos por honra nacional y patriotismo. ¡Viva la prosa!

Pero hé aquí que cuando esto digo, y cuando enfrascado estoy en los pensamientos arriba indicados, y cuando más me engolfo en la meditación del presupuesto de ingresos, y con más perseverancia considero las bases de la reforma arancelaria, dan un golpe en mi puerta, se abre esta y entra un hombre..... mejor dicho, un poeta, el cual me trae un libro de versos. ¡Qué diablo de hombre! Empeñarse ahora en que yo he de leer sus versos, cuando tengo aquí tantas y tantísimas cosas que me preocupan, y no me dan punto de reposo!

Pero, hombre de Barrabás, le decía, fijando un ojo en su cara y otro en la sesión de Cortes que delante tenía. ¿Cómo he de gastar un tiempo precioso en examinar lo que no resuelve ninguna gran cuestión de estas que ahora nos ocupan á todos? Yo también tengo mis proyectos económicos y tributarios que han de hacer la felicidad del país; porque ha de saber usted, señor poeta, que yo amo mucho la poe-

sía, pero amo más la patria, y no tengo pensamientos ni actividad, sino para la patria, ó para hablar más en prosa, para el país. El país atraviesa una gran crisis, es preciso que se constituya y prospere. A esto debemos contribuir hasta los más pequeños. Yo quiero consagrar todas mis fuerzas á esta obra común, porque amo al país sobre todas las cosas.

Entonces el poeta abrió su libro, se caló las gafas, tosió, me miró sonriendo como el que prepara una sorpresa, y con su largo, afilado y huesoso dedo, me señaló una estrofa que decía:

“La imagen del templo, la flor que has regado  
la roca y la playa y el campo que labras,  
que ni años, ni ausencias ya en dulce concierto,  
del ánimo arranean; ya en notas aisladas,  
la voz conocida, oírás que te dicen:  
la joven que pasa, aquí está la patria.”

Muy bello, dije yo, recogiendo la Sesión de Cortes que se me había caído. Esa poesía es muy bella y siento no poder leerla toda. Pero le diré á usted, señor poeta; no es de ese modo como quiero yo considerar á la patria en estos momentos. En ese sentimiento que usted pinta, se funda todo, lo conozco; pero ahora no se trata de avivar ese sentimiento; que siempre existe: ahora tratamos de otra cosa. Hablaré en términos que usted no vá á entender. Nuestro país es pobre: en este siglo, mal que le pese á la estatua que tengo en el desvan, no se puede vivir de contemplaciones, de misticismo y de poesía. Los pueblos que no son ricos, que no producen, no pueden gozar ni de los beneficios de la paz, ni de las dulzuras del arte. Hay unas cosas llamadas *intereses materiales*, que están por los suelos en España. Es preciso dar vida á esto. ¿No le dá á usted lástima ver cómo está nuestra agricultura, nuestra industria, nuestro trabajo?....

Aquí el poeta me puso la mano en la boca, y con la mirada alegre y la faz alterada por la satisfacción, me indicó otros versos, riéndose de mí, como si me hubiera confundido. Los versos decían:

“¡Paso á la randa locomotora!  
paso, que es hora de partir ya.  
.....  
“Ella dilata los horizontes,  
rotos los montes paso le dan.  
.....  
“Arca bendita, de un nuevo mundo guarda el fecundo germen vital.  
“La sombra ahuyenta de la ignorancia, con la abundancia lleva la paz.”

¡Bravo! magnífico! dije yo, después que concluyó de leer aquella magnífica canción titulada *La locomotora*, que siento no poder copiar íntegra. ¡Bravo! exclamé, recogiendo y guardando el presupuesto de ingresos que se me había caído por tercera vez; eso es muy bueno, si señor; pero he de hacerle á usted una observación. Usted trata de despertar el espíritu industrial por medio del sentimiento, y con descripciones tan vivas como ésta cree usted haber resuelto el problema. Mientras los españoles no se convengan por cualquier medio que sea, por la razón ó por el sentimiento, de que es preciso trabajar....

Y aquí volvió á interrumpirme bruscamente, riendo de un modo que me turbó completamente. Abrió otra vez su libro, y mirándome con lástima, me indicó estos versos:

“Santa Cruz del trabajo,  
quien te maldice no sabe que lo elevas  
y lo redimes.”

Obligóme á leer toda la balada, que era magnífica, y se titulaba *El Progreso*, y con lo cual me desconcertó; pero yo, firme en no admitir el libro, empecé á leer *La Epoca*, donde había encontrado ciertas apreciaciones del empréstito Figuerola que me agradaban mucho.

El trabajo, dije á mi poeta después de un breve rato, el trabajo es la gran cuestión. Me reconciliaría con su libro, si viera en él una aspiración fuerte á despertar en las clases populares el sentimiento del trabajo. Este no espanta á las musas, como algunos creen: yo tengo para mí, que en las circunstancias presentes el arte tiene una gran misión que cumplir. No descenderá de su alta esfera, no abdicará su independencia, no se pondrá al servicio de lo útil, por aspirar á ser la expresión fiel de las ideas y de la sociedad moderna, en la cual no hay tanta prosa como creen algunos. La idea del progreso, la idea de la asociación, la idea de la industria, no son elementos poéticos tan admirables y fecundos como la idea del parricidio, la idea del amor, la idea del mar?

Al decir yo esto, el poeta reía y me miraba desde lo alto de sus gafas, mostrándome unos versos que decían:

“Cataluña, porque tengas  
ricas galas que ostentar,  
el vapor palpita y ruge,  
hila el luso de metal.”

Y antes, y después de esto, unas estrofas descriptivas, tan pintorescas y animadas, que en el calor de la admiración, dejé caer por cuarta vez la Sesión de Cortes, y rompí maquinalmente el presupuesto de ingresos.

Admirable, dije, pero no me basta aun. Yo quisiera ver infundidas en el ánimo del pueblo, por medio del arte, otras ideas también elevadas. No puedo explicarme mucho, señor poeta, porque me voy á las Cortes, pero quisiera.... no sé como decirlo..... quisiera ver expresados por medio del arte todos los ideales á que aspira la sociedad moderna, no exceptuando aquellos que, más correctos y más prácticos, parecen como refractarios á la poesía: digo esto porque tengo la convicción de que ninguno de estos ideales sociales es, aunque lo parezca, refractario á la poesía si esta sabe aceptarlos como debe, por ejemplo.

Aquí el hombre dió un salto y un grito; abrió con agitación su libro, y me indicó una composición que empezaba así:

“Dicen que vá con España  
á casarse Portugal;  
si mucho vale la novia  
no vale poco el galán.”

Leí toda la poesía, que me pareció muy bella y conceptuosa, y estuve un momento pensativo. Más tiempo hubiera permanecido de este modo, si el poeta, cansado ya de señalar sus versos, no me hubiera leído una gran parte de ellos, entre los cuales me parecieron admirables sobre toda ponderación, la *Balada de Polonia*, la poesía *Al mar* y el *Reuerdo á Galileo*.

A pesar de mi empeño en leerle yo á mi amigo las bases de la reforma arancelaria, él pudo más que yo y me leyó sus versos, lo cual hizo que en un instante de entusiasmo se me cayera por séptima vez la Sesión de Cortes, pasando á las uñas del gato, que jugó con ella mientras duró la visita.

En todo el libro encontré una alta idea, la del derecho nuevo, hoy reconocido y aplicado. Me agradó la elevada concepción, la osadía de un escritor, que trata de explotar los infinitos elementos poéticos de nuestro siglo, de este siglo injustamente motejado de prosaico. ¿Pues qué? El siglo de las grandes redenciones, de las grandes conquistas intelectuales, el siglo del progreso, puede en ninguna manera ser enemigo del arte, que busca siempre los altos y más bellos ideales?

Inspiran el libro de Aguilera—este es el nombre del poeta cuyos versos hemos citado—el noble sentimiento de la patria, manifestado en las glorias históricas, en las bellezas del suelo, en la actividad laboriosa de algunos de sus hijos. Bullen en él como ideas fundamentales la dignidad nacional, el recuerdo de los grandes días, la grandiosa aspiración al ideal democrático, el sublime amor á la verdad y á la libertad, y como complemento y síntesis de todo esto, la fraternidad universal.

Hechas estas reflexiones, ¿cómo he de resistirme á admitir el libro? No: entre esta poesía y nuestra prosa, la prosa constituyente de hoy, no hay antagonismo, sino más bien un estrecho é indisoluble consorcio. Acordes y abrazados van el sentimiento que ese libro despierta y la preocupación política que hoy nos invade. No vacilo en admitirlo, y continuando con mi Sesión de Cortes en la mano—por fin he logrado arrancarla de las uñas del gato,—voy á bajar del desvan, y descubrir la hermosa estatua que escondí en el desvan, seguro de que nada hay profano para las musas. La incomparable diosa se nos mostrará más elocuente, más expresiva, más inspirada y hermosa ante los grandes ideales del siglo XIX. ¡Gran musa española, despierta! Sin soltar de la mano la Sesión de Cortes, ni arrojar de mi mente la preocupación de los intereses materiales, me atreveré á escribir en tu pedestal las admirables palabras, que hallo en el mismo libro de Aguilera: «La poesía, en algunos períodos históricos, ha enseñado á los hombres á aborrecerse; recibido el bautismo de los tiempos nuevos, debe enseñarlos á amarse.»

BENITO PEREZ GALDÓS.



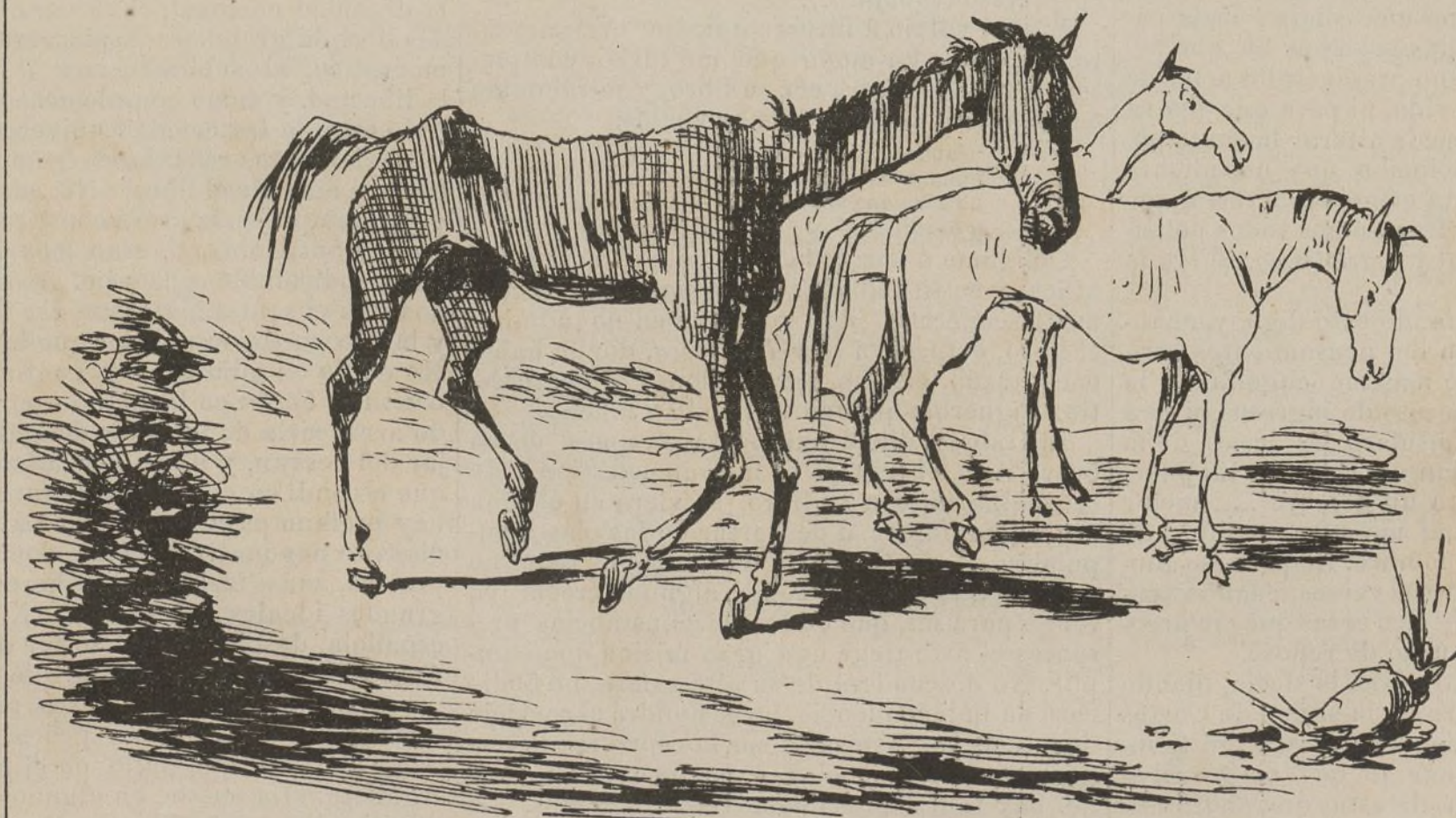
EL INFORME DEL CELEBRE GENERAL QUESADA SOBRE LA SITUACION DEL EJERCITO LIBERTADOR, TRADUCIDO AL CASTELLANO.



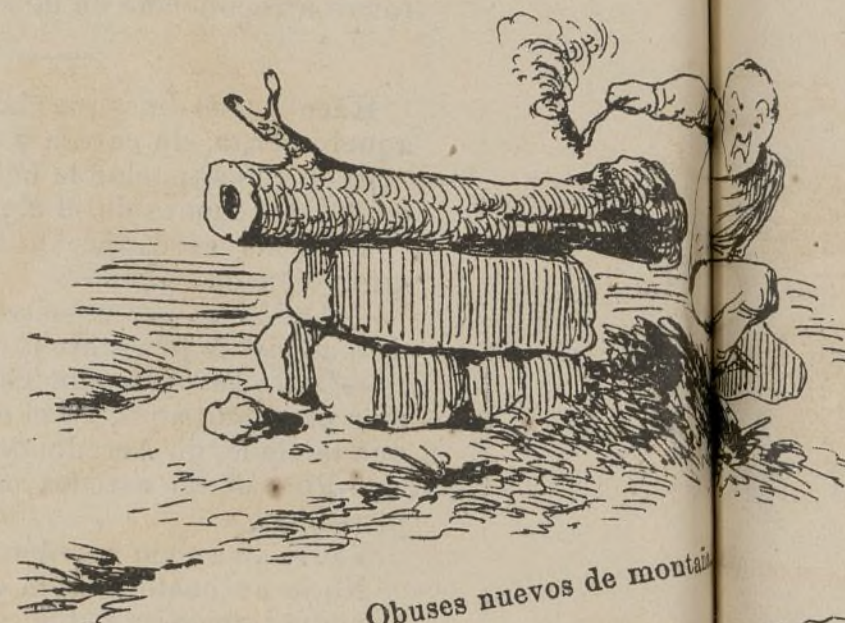
Hay ventiladas enfermerías montadas..... al aire.



Fábricas de armas de todas clases.



Gran número de caballos en depósito.



Obuses nuevos de montaña.



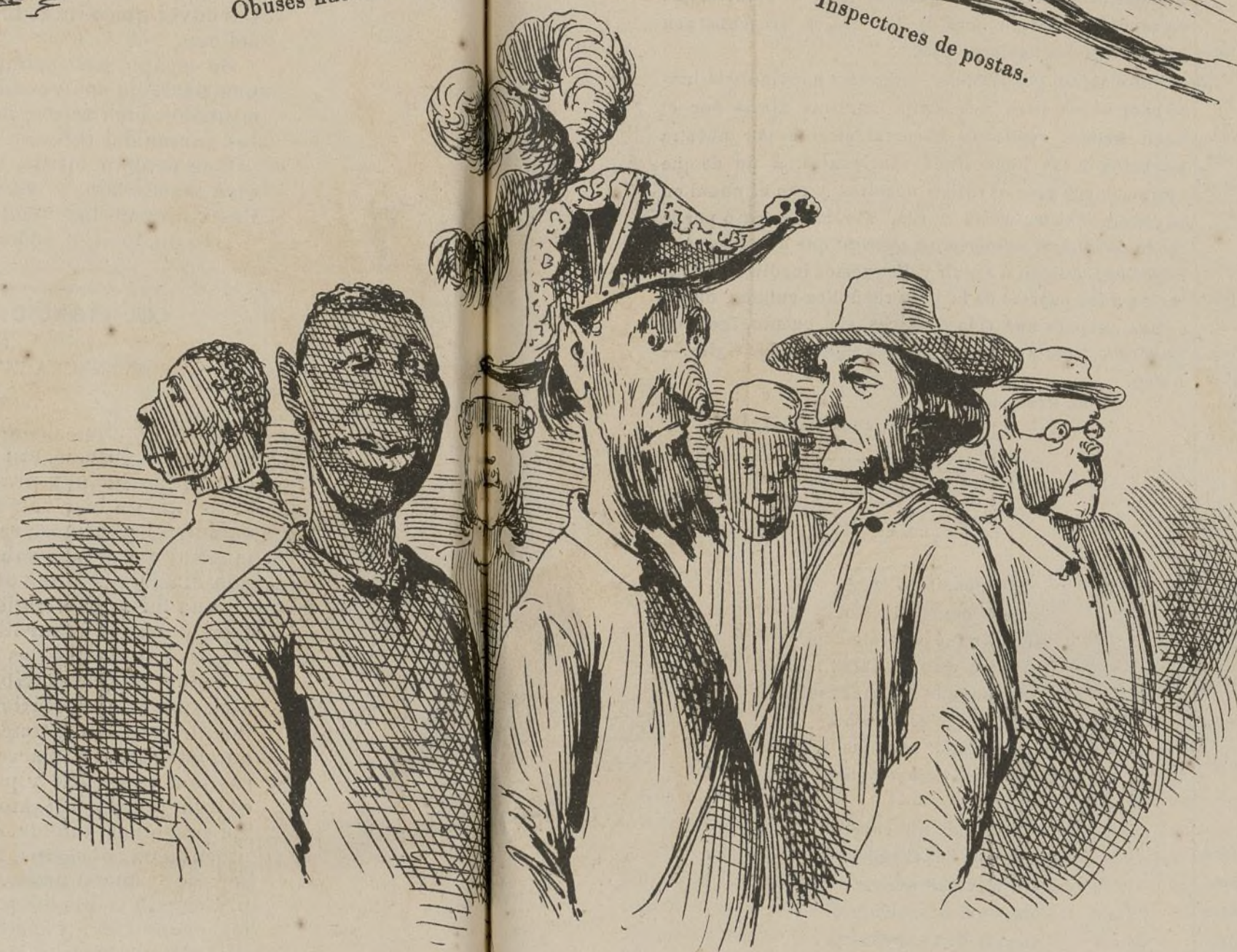
Inspectores de postas.



Profesores de enseñanza superior.



Magníficas fábricas de zapatos.



60,000 gentes; brigadieres & y dos soldados.



Escuelas de instruccion primaria.



Y un depósito grande de mulos.



## EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 10 DE MARZO.

Poquito, pero bueno, es lo que hoy tengo que decirte, JUAN PALOMO de mi alma.

Poquito, porque quiero que seas tú el que comentes, adiciones, critiques, compingas, desgarres, cortes y zanjés la última *pirueta* (vulgo manifiesto) de ese libertador de pátrias, en estado de merecer, que se llama Quesada; y bueno, porque vale un mundo, (y nó de los que sirven para guardar la ropa, ni de los mundos nuevos que enseñan los *saltimbanquis*, sino un nuevo mundo) el documento que ahí te mando para que se le quite el mal humor á la parienta y los chicos se desternillen de risa.

Te referiré la historia de ese enjendro, que formará época en los anales de la mambisería.

Llegó Quesada á esta bendita tierra, tentándose por todas partes el pellejo, como dudando aún de que lo sacaba entero y verdadero.

Es decir, *verdadero* no lo sé á punto fijo, pues en cuestiones de *cueros* ha llevado tal teje maneje ese individuo, que él mismo dudará si el que lleva es el suyo propio, ó será de los que consiguió *pulir* allá en sus años juveniles.

Pues como iba diciendo, llegó tentándose el cuerpo por todos lados, y aun hay quien dice que estuvo dudando si la boca y los agujeros de las narices eran boquetes abiertos por las balas españolas: tal era su sorpresa de verse eu salvo.

Los grandes hombres no pueden estar ociosos; y como la patrona de la casa de huéspedes donde se alojó había escondido la plata, por precaucion, nuestro héroe se encontró sin tener nada que hacer y se dedicó á lo que se dedican todos los vagos; á hacer visitas.

Se vistió una mañana de *señorito* y se metió de patas en la habitacion de Mr. Grant. El Presidente le agradeció la visita, porque tenia muchos deseos de ver de cerca un mambí, y dicen que al marcharse Quesada exclamó:

—El general libertador es un animal bastante parecido al hombre!

Desde allí fué Quesada á ver al Ministro tal y al Senado cual, y hubiese seguido visitando á todo el género humano, si la junta cubana no le hubiera llamado á Nueva-York.

Aquí te quiero, escopeta. Era preciso dar una explicacion á la venida de Quesada, que á duras penas podía ocultar el puntapié que, en salva sea la parte, le ha aplicado la cámara de los comunes.

Confeccionado por todos aquellos ingenios, que lloran la pérdida de sus idem de azúcar, estaba sobre el tapete el famoso manifiesto.

Manolo se puso colorado hasta las uñas, en cuanto lo leyó.

—Caballeros, bueno es mentir; pero no tanto.

—Fírmelo V., ciudadano.

—Hombre, déjeme V. de ciudadanía; yo no puedo firmar eso. Pues no es nada lo del ojo!

—Pues no hay más remedio que firmar.

Y al mismo tiempo, del bolsillo de Miguelito Aldama salió un sonido metálico que conmovió hasta las entretelas del corazon de Quesada.

—Firmaré, dijo; y cerrando los ojos como el que vá á tomar una purga, echó un garabato sobre el papel.

Ya te he dicho que dejó á tu sandunga el exámen del manifiesto: yo solo me ocuparé del cuadro sin óptico ó sin-sentido comun, que para el caso es igual, que aparece al pié.

El *ejército libertador* se compone de 61,689 hombres, y pare V. de contar, Sr. Quesada, porque si no van á resultar más combatientes que séres en el mundo. ¡Vuélvalos V. á contar. D. Manuel; no sea que se le pase alguno!

A cada uno de esos soldados se le dá de racion: dos libras de carne (*cada cuántos meses?*) arroz (*hecho polvo y en los mejillas de las suripantas libertadoras*) plátanos, boniatos ó yucas á discrecion (*si dijera al merodeo*): azúcar cuatro onzas; aguardiente de caña 2 onzas (*aun queda: no ha salido de la Isla Aguilera?*) café ú otra cosa análoga (*que será eso?*) dos tabacos y cigarros (á los oficiales 10 tabacos.)

En resumen: siendo 61,689 los combatientes, se consumen al día, por cuenta del Estado, 123,378 tabacos: eche V. humo!

En ese nuevo país de Janja hay trece talleres de zapatería que entregan semanalmente 3,000 pares de zapatos.

Pocos son para lo que se corre en ese país, pero al soldado ú oficial que no le alcanzan los zapatos lo hieran y dura más.

Las 62 tenerías entregan mensualmente 4,200 ó 4,500 cueros curtidos (*por los soldados españoles á porrazo limpio.*)

Tienen tambien 135 casas de Postas (*¿serán de juego?*) y 540 postillones de á 12 á 15 años de edad (*¿Angelitos!*)

Hay almacenadas 2200 lanzas (*hombre, esto sí que es célebre! tener almacenado armamento cuando hay regimientos enteros que solo tienen fusiles de madera!*)

•Y tienen..... un gran arsenal de desvergüenza, en el que siempre queda, por mucha que gasten.

Adios, JUAN, adios: te dejo de prisita porque me he de lavar las manos con lejía después de haber tocado tanta inmundicia.

Hasta la pared de enfrente, soy tuyo  
JOHN-BULL.

## SERMON

QUE POR ESTAR EN CUARESMA PREDICA UN PADRE MAMBÍ A SUS FELIGRESES EN LA MANIGUA.

(DOMINICA PRIMERA.)

## I.

Desde los tiempos de Adán, nuestro primer padre, pariente sin duda, por línea recta, de los *Adanes* que hoy se refocilan en la manigua, hasta nuestros días, no habeis visto, ni oído y aun me atreveré á decir olfateado, amados oyentes míos, cosas tan dignas de ser percibidas por nuestros cinco sentidos, como las que desde Yara á acá vienen llenando el almacen de la historia y la atencion de la humanidad.

Sanson con toda su fuerza, Hércules con su vigoroso brazo, el gigante Goliath y otros séres celeberrimos por su empuje y valor, no son comparables ni para descascar sirven á nuestros héroes manigueros Céspedes, Aguilera, Jordan y Quesada: ¡qué digo! el menor de ellos es capaz de acometer empresas más arriesgadas que las de derribar un templo, matar al león de Nemea ó dejarse vencer por un mequetrefe como el tal David.

Sus hazañas las sabeis, sus empresas serán escritas en mármoles y en bronce, sus virtudes cantadas por los sinsones en sonetos pentacrósticos y sus hechos trasladados al lienzo por *pinceles habaneros*; pero quiero yo tambien desde este púlpito encomiar sus merecimientos, enaltecer sus obras y elevar hasta la centésima potencia matemática el valor de la justa causa que defienden; *Cuba independentie maniguorum*, como han dicho nuestros santos padres.

Para ello, corderos míos, ayudadme á implorar el favor de nuestra plateada estrella cerca de la abandera Emilia, diciendo conmigo: *¡Alza, pilili!*

## II.

Dice el beato padre Lemusio, en su grande obra sobre el *Laboranteo fino*, capítulo, no sé si octavo ó veinticinco, que los dineros de Aldaman, en expediciones vinieron y en expediciones se van, y á fé que dijo una gran verdad; pero no es eso lo más triste, hermanitos míos, sino que como dijo el docto y bien aventurado Bramosio en su epístola nona: *gorrionorum agarrabit expeditio-nem*, y hé aquí el por qué la reluciente estrella no acaba de tender su rabo sobre esta infortunada tierra.

No bien hubo el chispeante Aguilera empinado el codo en Yara para salvar la Cuba, y cuando apenas el casto Manuel andar podía de ingleses; apareció como astro rutilante por las playas de Guanaja el varon más esclarecido que nunca vacas vieron, el acrisolado Enmanuel Quesada, cargado de cañones y metralla para barrer con ellos la casa, que largo tiempo hacía y sin más permiso que el del intruso Colon, invadieron sus mayores, en tiempos de Hatuey, Camagüey y otros ilustres varones acabados en buey.

De todas partes brotaron, como yerba guinea, campeones esforzados, grandes corredores y atrevidos generales, para poner en planta la idea de independencía, que largo tiempo traian en mientes, ahorrando medios y guardando reales, y en ménos tiempo que yo os digo este gran sermón, tostaron los campos y frieron las mieses, con el objeto de que, si ver no podian cumplidos su deseos, quedase cual chicharrón después de sacada la manteca.

Prolijo sería enumeraros, amados oyentes míos, las proezas de cada cual y si quereis cercioraros, empapados y poneros al cabo de la calle, leed el unifiesto del vacuno general ó los relatos de la prensa laborante, que no por ser cosas profanas he de dejaros por recomendar hoy desde este púlpito, si con ello ganais la tierra de promision.

Tantos esfuerzos ¡ay! han sido vamos: *palizorum corpus quebrantum*, ha dicho el abate de Santa Lucía, pero á

grandes palos, grandes espaldas, y vamos andando, que más padeció el Señor por nosotros, y si la tortilla se vuelve, hemos de pegar con las espaldas en los palos.

Pero no me he de quedar sin citaros aquí los grandes servicios que innumerables ciudadanos pacíficos, esos que no son gente de guerra ni de armas tomar, han prestado á la causa desde sus propias covachas: *laborantium trahit la piedra y escondit manorum*: no son ménos dignos de honores y aun de que se les *coloque en alto puesto* esos buenos hermanos, que si no se atreven á correr entre maniguas, hacen correr las bolas en este billar mambisiano, por más que á pérdidas jueguen y hagan alguna jugada tan solo de chiripa.

No tengo palabras suficientes, ni en mi Breviario las encuentro, para recomendaros el celo por la causa, y ¡guay! de aquel de vosotros que deje de arrimar su tea para darle todo el fuego que necesita: *arrimabit fosforum*, nos dice el patriarca casto Manuel en su Guía salvadora, libro I, capítulo 12.º página XXX, versículo 56.º, y arrimar debeis el hombro para sostener el edificio, que se vendrá abajo por obra de los malos creyentes con asombro de las naciones cultas.

Entre tanto, postrémonos, feligreses míos, ante la junta neoyorkina para que dirija nuestras almas por el buen camino; roguemos encarecidamente por nuestra salvacion á las inmaculadas suripantas, á fin de que derramen sus gracias sobre nosotros y con el puñal en la diestra y la tea en la zurda, abrámonos paso por la senda de abrojos, *maniguorum espesum*; que nuestros enemigos nos obligan á seguir y lleguemos incólumes é intactos á las puertas de la gran república cubana, donde se nos prepara una vida de goces sin cuento, fuera de embargos, tiros y carreras, por los siglos de los siglos.— Amen.

Por el fiel traslado:

JUAN SOLDADO.

## LA FEA.

LETRILLA. (1)

¡Fea nació! ¡lo veo!  
y en el mundo lo feo  
siempre fué contrabando.  
¡Ay! ¡yo vivo penando!.....  
pues aunque soy muchacha,  
como tengo esta facha,  
nada me halaga, nada me recrea.  
¡Ay infeliz de la que nace fea!

Para dar un consejo  
dicen que es el espejo  
por lo veráz amigo;  
hoy es él mi enemigo:  
cuando de verme trato,  
copia fiel mi retrato,  
y yo maldigo que tan *fiel* me sea.  
¡Ay infeliz de la que nace fea!

Me enamoré de un nécio,  
y de él sufrí un desprecio;  
á un discreto, amor tuve,  
y otro desprecio obtuve.  
Quise á mil... Sin encantos,  
aunque he buscado á tantos,  
no pesqué, y estudiaba la marea.  
¡Ay infeliz de la que nace fea!

Ensayo las ficciones,  
y asisto á los salones,  
á bailes y á paseos;  
allí, son mis deseos  
solamente ser vista;  
mas no hago una conquista,  
pues no alcanzo me mire el que me vea.  
¡Ay infeliz de la que nace fea!

Cuando en los cafés entro,  
quien me pague no encuentro;  
si hablo, todos son mudos;  
no vuelven mis saludos,  
y si uno en mí repara  
se me ríe en la cara  
y niega al Dios que tales cosas crea.  
¡Ay infeliz de la que nace fea!

(1) Imitacion de la de Breton de los Herreros, del Peou.



Una fea en la vida,  
pensándolo advertida,  
¿qué espera?... ¡Desengaños!  
De los ajenos, daños,  
porque bien se conoce  
que mancha con el roce,  
y que es perjudicial en su ralea.  
*¡Ay infeliz de la que nace fea!*

¡Pobre soy! ¡Flea y pobre  
en un siglo de cobre!  
¿Qué me falta, Dios mío?  
¡No fuiste nada pio!.....  
¡Dame un millón! Y pronto  
el discreto y el tonto,  
todo el mundo verás que me desea.  
*¡Ay infeliz de la que nace fea!*

¡Cuánto mal! ¡Morir quiero!  
Mas nó, pues considero,  
si mi vivir se acorta,  
que se dirá; ¡no importa!  
Sigo, pues, con mi suerte,  
que quizás en mi muerte  
no halle herederos, cura, ni albacea.  
*¡Ay infeliz de la que nace fea!*

JUAN SIN-MIEDO.

## CUENTOS DE MANIGUA.

### CUENTO SEGUNDO.

#### LA SANGRE Y LA TRADICION.

#### IV.

De tanto andar entre el tabaco conocía D. Cosme San Feliú el valor de las *tercerías*, y no podía ocultársele que con la llegada del joven Armando de Aguirre había en aquel momento en el colgadizo un *tercero* que estorbaba; y como ese tercero era él, pretestando unas órdenes que tenía que dar á un negro, abandonó el puesto, dejando solos á los dos amantes, que con toda su alma agradecieron aquella generosidad.

Tenía Armando veinte y tres años; era alto, esbelto, de maneras distinguidas, simpático y de rostro gracioso; sus grandes ojos negros y vivos cautivaban; con semejantes dotes no era extraño que hubiese despertado una pasión profunda en el alma de Adelaida, que como él, amaba por primera vez, perdiendo muchas horas de la vida en mirarse con el castísimo deleite que produce la mútua comunicacion, y muchas horas en pensar el uno en el otro, sin que un deseo impuro profanase sus amores ideales. Había él pasado los primeros años de su juventud entre Manzanillo y la finca de su padre, y no conociendo la existencia agitada de las grandes capitales, centros de corrupcion, no se habían manchado sus alas al contacto del vicio. Administrando la finca para dar descanso á su padre, que á fuerza de trabajo había hecho una fortuna, no había recibido esa esmerada educacion literaria que hace brillar al hombre en sociedad.

D. Julian de Aguirre era un vizcaino honrado y laborioso que había arrastrado á estas playas esa emigracion llena de sueños que arranca á muchos peninsulares de su hogar, en busca de una fortuna, echando aquí raíces, como decirse suele, y que llegan con el tiempo á olvidar hasta su familia, pero que viven y mueren aquí amando siempre la tierra en que nacieron, adonde vuelan de vez en cuando con el pensamiento para rendirle un recuerdo imperecedero. De su matrimonio con una criolla había tenido dos hijos: Guillermo, su primogénito, que había enviado á España para seguir la carrera militar, de donde había vuelto hacía dos meses con la efectividad de teniente de infantería, contando veinte y cinco años, y Armando, á quien ya conocemos.

Sabía D. Julian las relaciones amorosas de su hijo con Adelaida San Feliú, y consentía gustoso en ellas, apreciando los antecedentes de honradéz de D. Cosme y la buena fama que la niña gozaba en el partido; no era rica, pero le bastaba que llevase por dote la virtud para ver satisfechas sus aspiraciones de padre, que con sus prosperidades no se había hecho ambicioso ni de títulos

ni de dinero, sueños que generalmente atormentan á la humanidad.

Armando y Adelaida se encontraban en el colgadizo, en la soledad que conviene á los amantes castos, es decir, libres para hablarse de su pasión, aunque estando resguardados por testigos, á cierta distancia. El lector comprenderá el giro que tomaría la conversacion, pero por más que esta sea siempre la misma en el fondo y solo se diferencie en la forma, ha de permitirme que transcriba sus palabras, porque interesan al curso de la historia que con el disfraz de cuento traza mi pluma; el estado del alma se revela en los individuos por las frases que de su boca salen, que no es posible ocultar los sentimientos cuando tiene el hombre que comunicarse con una persona querida, por más que luche para no vender un secreto. Las palabras que salen por los labios han tocado ántes en el corazón y están impregnadas del sentimiento que á este domina, como los objetos que se rozan con los perfumes: por eso trascienden.

El diálogo de Armando y Adelaida empezó con una mirada prolongadísima; la mirada es siempre el prólogo del amor; parece que ya no hay despues más que decir, porque es preciso confesar que los ojos son mejores intérpretes del alma que los labios; á lo ménos, dicen más con ménos signos; la mirada es la taquigrafía del amor, rápida como el pensamiento, sintética como la imaginacion, fija como la tinta indeleble.

En el amor no hay más que dos agentes, mudos pero elocuentísimos: la mirada y el beso. Los labios se han hecho para hablar de cosas indiferentes ó para besar. El amor no se determina más que por signos, no se marca más que por síntomas. La mirada es el prólogo del amor; la mano febril que estrecha el objeto querido es la historia; el beso es el epílogo. Las palabras son accesorios; las palabras son flores que adornan un altar, y muchas veces mentiras que cubren la losa del cariño que tapa un cadáver encerrado en un corazón..... Los labios mienten al expresar sus afectos porque obedecen á un principio, á una ciencia aprendida en la gran escuela del mundo; pero el fuego de los labios no se puede reanimar por mucho que se revuelva el rescoldo que dejó la llama apagada en el corazón. Los ojos tampoco mienten; se vuelven como el girasol al astro del día, por una atraccion irresistible, y el pensamiento y el estudio no son bastante fuertes para devolver al imán la corriente magnética que perdió.

¡La mirada y el beso! ¡Hé ahí el amor! Los ojos apuntan y la boca dispara; ¿qué papel representa en esa escena la palabra más elocuente? Cuando dos ojos se miran, el paraíso está entre esos ojos que se confunden; y el paraíso está cerrado para las palabras, actores que necesitan estudiar su papel á fin de producir efecto. Cuando dos labios se besan, el paraíso está cerrado, y las palabras se esconden; allí no hay más que amor.

Armando y Adelaida se miraron, pero su pasión no podía expresarse con signos; y entonces, las palabras acudieron para comunicar el sentimiento.

—¡Qué linda estás con esa rosa prendida en el cabello! dijo él.

La mano de la joven arrancó de su cabeza la flor, y echándola dentro del sombrero de Armando, le dijo con un tono que más que amor envolvía despecho:

—Toma.

El joven besó la flor; y los labios de Adelaida se movieron, robando su color á la rosa. La electricidad produce fenómenos muy extraños.

—Te agradezco el presente, Adela; pero ¿por qué arrancaste de tu cabello esta flor que embellecía tu rostro?

—Por eso mismo.

—Eres á veces incomprensible.

—No quiero parecerte más bella, con auxiliares engañosos. Quiero que me veas como soy.

—Eres orgullosa.

—Nó: no quiero engañarte. Si lo que alabas en mí es la rosa, te la doy; si estoy mal sin ella, necesito que te acostumbres á verme con mis naturales encantos, á ser verdad que poseo algunos.

—¡Posees tantos!

—Por eso te dí la rosa, añadió la criolla sonriéndose; me gusta que todos mis encantos sean tuyos.

—Me pareces seductora, y eres sin disputa la honra del suelo que nos dió cuna; si no hubieras nacido aquí, no te amaría ciegamente.

—¿Por qué, Armando? ¿Qué tiene que ver el lugar del nacimiento con la belleza personal?

—¡Tiene mucho, Adela! ¿Crees que sería capaz de amar á una española?

—¿Qué dices? ¿Estás loco?..... Esa es una exageracion de tu galantería.

—¡Es la verdad!

—¡Pues qué! añadió ella sonriéndose. ¿Te amaría yo ménos porque fueses ruso ó polaco?

—¡Ruso ó polaco sí, pero español nó! exclamó el joven con acento de ira reconcentrada.

—¡Me estremezco de verte, Armando! ¿No amas á España?

—¿Yo?..... ¡Deliras, Adela!

—¿No amas á tu padre? preguntó la criolla con espanto.

—Amo á mi padre, pero no á su nacion.

—Nunca me habías manifestado esa idea, por más que algunas veces he querido adivinar en tus palabras lo que no podía creer.

—¡Es que se acerca la ocasion de hablar con franqueza!

—¿Qué ocasion?..... ¡Habla, Armando! Tiemblo al pensar en que pueda levantarse una barrera entre nosotros, que estamos unidos por el corazón.

—¡Y por el pensamiento! exclamó el joven con entusiasmo. ¡No te hagas ilusiones! ¡Tú verás la luz!.....

—Ven, dijo la pobre niña sobresaltada atrayendo hácia sí á su amante. Hace muchos días que te veo triste, preocupado..... ¿Qué me ocultas? ¡Entre los dos no puede haber misterios!

—Pronto lo sabrás, Adela mía; hoy no me es dado abrirte mi corazón más que para el puro afecto que te he consagrado. No me pertenezco; pero vive segura de que reinas en mi alma, y de que sea cualquiera el porvenir que la Providencia me reserve, será tuyo.

—Me hablas del porvenir con temores, y lo veo claro como ese sol que nos alumbra, risueño como la aurora, lleno de flores como la primavera. No despiertes en mi imaginacion sobresaltos que me hagan ver nubes sombrías, porque amándonos, nada debe oscurecer nuestro cielo de dulces esperanzas.

—¡Nada, Adela! Confío en la suerte; pero me halagan los sueños de la ambicion para aparecer grande á tus ojos; necesito valer algo y tocar la felicidad. No deliro; he visto con mi imaginacion realidades próximas que no han de desvanecerse; y sufro mucho, por lo mismo que tarda en venir el momento de lanzarme al campo de mi ensueño.

—Pero ¿qué proyectas? Yo te ayudaré en tus planes, yo te empujaré en tu camino, siempre que no se haya extraviado tu razon. ¡Por Dios, Armando! Eres impresionable, y temo á tus amigos; los amigos no son siempre buenos consejeros.

—No te puedo revelar mi secreto porque no es mio solo.

—¿Tienes secretos para tu amante?

—¿Y si mi amante no aprueba mi pensamiento?

—Entonces, Armando, dijo la joven con altivez y dignidad, debes separarte del camino, porque nadie como yo alumbrará tu entendimiento, nadie como yo guiará tus pasos; ¡porque nadie como yo te ama!

—No seas exigente, Adela; no puedo en este caso tener más consejero que Dios, ni más guía que mi conciencia.

—¡Ah! ¡no me amas! exclamó ella con acento de profundo dolor, enjugando una lágrima.

—¿Que no te amo?..... ¡Estás desvariando!

—¡Nó, Armando! ¡Desde el momento en que me ocultas tu corazón para que no lea en él un secreto; ya no me perteneces!

—El hombre tiene en la sociedad deberes sagrados que cumplir y que no son suyos!

—¡El astro de mi ventura se ha puesto! murmuró Adelaida uniendo ambas manos en demostracion de su dolor.

—¡Ten confianza en mí!..... ¡Adios.

—Adios, repitió ella sin alzar la cabeza.

—¡Te amo, Adela!.....

Dejó Armando caer estas palabras en el oído de la joven, y se marchó sin despedirse de D. Cosme, que de reojo observaba á la pareja; y su corazón de padre se sublevó, pues á pesar de su ignorancia, tenía el instinto que apreciaba los sentimientos.

D. Cosme nada preguntó á su hija; pero las lágrimas de esta habían caído en su pecho, compartiendo así con ella su pesar.

(Continuará.)

JUAN SIN-TIERRA.



## SARTENAZOS.

Creimos dar un *camelo* á nuestros lectores con la charada del último número; pero nos vió el juego la inteligente suscritora que envía la solución en la siguiente cuarteta:

Quisiste con tu charada  
darnos un camelo bravo,  
mas pude acertarla al cabo  
sin pasar por tu MORADA.

A. F.

\* \*  
EPIGRAMA.

A un Alcalde se quejó  
contra Manuel, Nicolasa,  
porque al salir de su casa  
él un beso la robó.

El Alcalde, ya enterado  
del hecho, diz que cruel  
decretó: «Vuelva Manuel  
el duplo de lo robado.»

JUAN Y MEDIO.

\* \*  
Nuestros suscritores leerán con el interés que merece el excelente artículo crítico que de Madrid nos envía el elegante escritor D. Benito Perez Galdós, consagrado al precioso libro que ha publicado en la corte el popular poeta Ruiz Aguilera. *El Libro de la Patria* se vende en *La Propaganda Literaria* á ocho reales fuertes el ejemplar.

\* \*  
Nuestro apreciable colega de Cienfuegos *El Pabellon Nacional*, puesta en ristre la lanza, arremete contra la portada del libro que acaba de publicar en Madrid el Sr. D. Vicente García Verdugo; tranquilícese *El Pabellon*, pase adelante, entre en la obra *Cuba contra España*, léala con atención, y verá que aunque sus apreciaciones tienen fundamento, el título está en su lugar. Es imposible demostrar más patriotismo ni más amor á la causa de Cuba por España, que las que saltan de las páginas del Sr. Verdugo.

Y prueba de que los buenos españoles estiman en lo que vale el libro *Cuba contra España*, es la acogida que ha encontrado, pues quedan en *La Propaganda Literaria* pocos ejemplares. Sirva esto de aviso al público y de calmante al periódico cienfueguero.

\* \*  
Marqués de Santa Lucía,  
Archinoble ciudadano  
Que en la manigua, te quejas  
De la falta de criados;  
Ponte, por honor al título,  
La librea de un lacayo,  
Y á tu ilustre Señoría  
Sirve tú mismo de fámulo.

\* \*  
¡Asómbrense nuestros lectores! Sabemos por persona que nos merece entera confianza, que uno de los redactores de JUAN PALOMO, á pesar de su acrisolado españolismo, y por consiguiente de su odio á los mambises, inspira grandes simpatías á un cabecilla de los más nombrados en la insurrección. Y adviertan Vds. que solo por el nombre conoce á nuestro compañero; verdad es, que hay apellidos que deben halagar dulcemente á ciertos oídos, y que, no algo, sino mucho de esto, debe pasarle á Pancho Aguilera, con el de nuestro querido amigo Juan de las Viñas.

\* \*  
Al saber que á su palacio  
La Audiencia se trasladaba:  
—Justicia, Aldama exclamó,  
Justicia, mas no en mi casa.

\* \*  
Un genealogista ha averiguado que el Generalísimo Quesada, desciende por línea recta de D. Simplicio Bobadilla, Majaderano y Cabeza de Buey, el tan conocido protagonista de la Pata de Cabra. El General, que como es sabido, tiene gran cariño á su apellido, no queriendo desmentir la gloria de su antepasado, ha dicho en Nueva York blandiendo su pudoroso acero, á imitación de D. Simplicio cuando en la citada comedia no puede sostener en sus manos la espada, cuya hoja ha crecido desmesuradamente:

—Agradescan Vds. que no puedo servirme de esta espada, que si no.....

\* \*  
La insurrección ha puesto en práctica muchas libertades, y si bien de muchas se puede decir aquello de:—Muerto el perro, se acabó la rabia,—de otras preciso es confesar, que la semilla que han sembrado fructificará á su tiempo para baldon y vergüenza de los mambises.

Hé aquí algunas de dichas libertades:

*Libertad de cultos.*—En la manigua se rinde culto á Baco, á Vénus, á Mercurio, no como protector del comercio, sino como dios de los *Cacos*, y á otros señores por el estilo.

*Libertad de enseñanza.*—En su sentido más lato, puesto que muchos mambises van con el mismo ó parecido traje, que nuestros primeros padres usaban al pasearse por el Paraíso.

*Libertad de asociación.*—Todas, ó la mayor parte de las asociaciones manigueras, son productoras, y si nó—allá lo veredes, dijo Agrajes.

\* \*  
A propósito del Paraíso, y de su semejanza con la manigua, por encerrar muchos Adanes y algunas Evas, se nos ocurren otras, á las que llamaremos, *semejanzas mambises*. Hélas aquí:

Aguilera se parece al Gran Sultan, en que deja una turca y toma otra.

Mendocita, el Ministro de Estado, á Napoleon III en el recelo con que mira á los ingleses y el pánico que le inspira su nombre.

Goicuría á un mal cantante, en que nunca entra á tiempo.

Doña Emilia á un escudo de armas nobilísimo, en que si bien no es *hidalgá*, tiene pendones.

Muchos laborantes de Nueva-York, á los empleados de la empresa de Omnibus, en que viven de la *guagua*.

El Generalísimo Quesada á San Lucas, en que lo pintan con un toro.

Céspedes á un Obispo *in partibus*, en que es Presidente, y no tiene á quien presidir.

Aldama á Sancho Panza, en que sueña con el gobierno de una insula.

Por último, el grito de Yara y Bayamo, á un error de imprenta, en que puso libertinage por libertad.

\* \*  
Bajo un chubasco, Aguilera  
Recibió la gran noticia,  
De que á las playas de Cuba  
Al fin vino Goicuría.  
—Vino de ese nombre, dijo,  
Juro no bebí en mi vida;  
Que me den una botella,  
Veremos qué tal se explica.

\* \*  
Dice ahora Quesada que en el ataque de Las Tunas la mayor parte de los insurrectos llevaban solamente fusiles de madera para aparentar; pues entonces ¿y aquella proclama de Céspedes en que les llamaba *ejército aguerrido y bien armado*?

—Querria decir *armado* de paciencia para oír disparates.

\* \*  
Los padres del Concilio solo se han ocupado hasta ahora de cuestiones de forma.

No dejan de ser interesantes, sobre todo tratándose de las amas.

\* \*  
El nuevo candidato para el trono español, segun dicen es el príncipe D. Felipe de Sajonia Coburgo. El verano último estuvo en Lisboa y parece que vió allí á su prima Amalia, hija del Duque de Montpensier, y le gustó mucho, porque es aficionado á lo bueno.

El proyecto es casarlos y entregarles el cetro de España.

Pues señor, está visto que si dice uno que le gusta esa chica, está espuesto á que lo hagan rey sin más ni más.

## EPISODIOS DEL BAILE DE LA VIEJA.

—Díme, de qué vá disfrazada aquella?

—De pastora.

—Ay! qué gorda está!

—Eso es porque vá disfrazada de pastora que se ha comido los borregos.

—Ves aquel grupo, de qué dirás que es?

—De qué ha de ser, de máscaras.

—Pues nada de eso; es de las *más baratas*.

—Mascarita, qué callada estás.

—Qué quieres que diga?

—Dame una broma, mujer.

—Mira, convidame á cenar.

—No admito bromas tan pesadas; entiendes?

\* \*  
En una talabartería de la manigua:

—Vengo de palte de mi amo, á vel si está concluida la albarda para el niño Carlos Manuel y el freno pa el señol malqués.

—Dí que todavía, pero que cuando quiera puede mandal á recoger el cabezon de cuadra de Joldan y la baticola de Bembeta.

\* \*  
En Santo Domingo tienen su *Sol* correspondiente los laborantes cubanos.

Esta gente no puede vivir sin ponerse al sol, pero como este astro corre parejas con el que se publica en Veracruz, así andan ellos tan lucidos.

\* \*  
Dicen los periódicos que el conde de Cheste ha solicitado volver á España como simple particular.

Concedido: puede regresar y establecerse como particular simple.

\* \*  
—Qué le parece á V. el manifiesto de Quesada, Don Trifon?

—Magnífico: es un monumento elevado á la memoria de Manolito Gazquez.

\* \*  
El Sr. Hostos dice en las columnas del *papel insurrecto* de Nueva-York que cuando *Narvaez daba al mundo el infame espectáculo de la noche de San Daniel*, la primera voz que se levantó fué la *suya*.

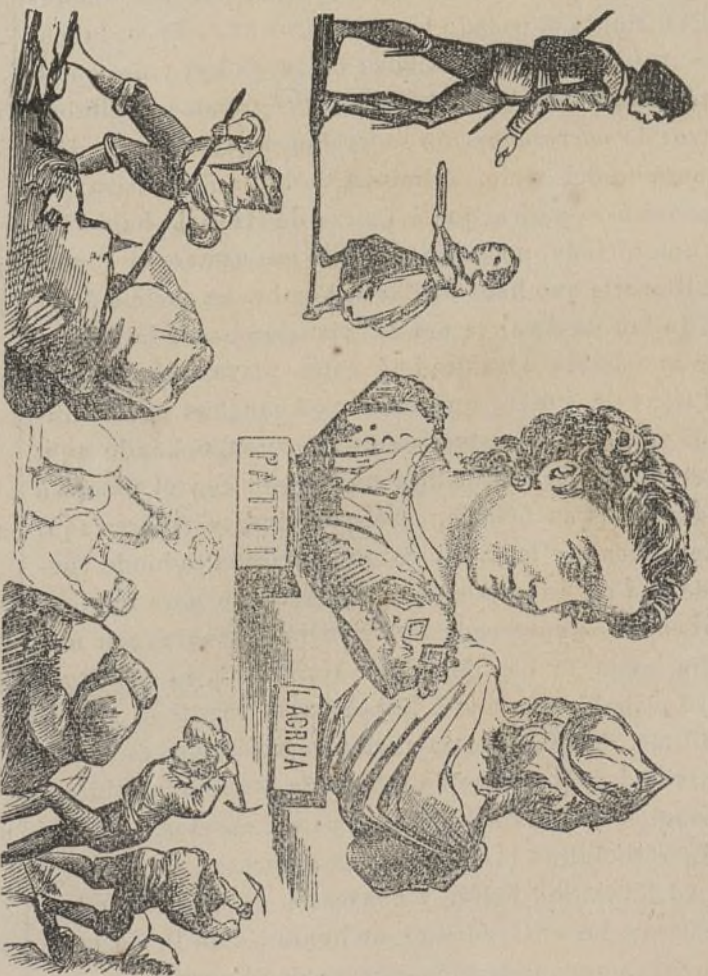
Déjeme V. recordar: después de la carga de caballería se oyó .... se oyó un rebuzno, y..... no me acuerdo de más.

\* \*  
Doña Emilia ha publicado una nueva epístola, recomendando á todos los cubanos necesitados que acudan á ella.

No sé si alguno, por necesitado que esté, se decidirá á tanto.

\* \*  
La estrella de Doña Emilia se vá apagando. Primero escribía con letras de oro y sobre gró aquellas palabritas: *Libertad ó muerte*: ahora ya escribe sobre papel y con mala letra; más adelante se limitará á bordar en las ligas de su marido: *Viva mi dueño*.

## GEROGLIFICO



La solución en el número próximo.

IMP. MILITAR, RÍOJA 40.